



Letra

692421

SOBRELETRAS

POR
LUIS INIGO MADRIGAL

Se le suele ver paseando, lento, por las calles de Valparaíso. Un poco más lento y más delgado desde una grave enfermedad sufrida ya hace algunos años. Sus costumbres metódicas incluyen una visita vespertina al Café Riquet, en el que los mozos atienden prestamente a Don Carlos. Abogado, profesor universitario en Derecho, y durante algún tiempo en Periodismo, alterna sus tareas docentes con las funcionarias y profesionales. También con la charla, no por reposada desprovista de humor, que cultiva sin fanatismo. Insinúan los maledicentes que, en las largas noches de insomnio, medita las frases con que sorprende o zahiere a sus interlocutores: tal suposición no deja de rendir culto a la calidad de su ingenio.

Sus aficiones incluyen el coleccionar relojes y escribir brevemente. Una y otra actividad muestran algunos rasgos comunes, que lo distinguen: cierta finura melancólica y una atención no compulsiva hacia el transcurso y las formas del tiempo.

Curiosamente, este escritor, en cuyas obras Valparaíso es asunto omnipresente, nació en Coquimbo, el 2 de junio de 1916. No es su única paradoja: también se cuentan entre ellas una indiferencia no disimulada por muchas de las figuras de la novelística hispanoamericana, incluidos nombres del llamado boom, a cuya lectura prefiere la de Proust, y su desprecio por cualquier intento de encasillar su obra en tendencias, grupos o generaciones, verbigracia la generación del 50, a la que, en teoría, pertenece por su fecha de nacimiento.

Su obra es breve en títulos y páginas. Incluye **Sobriño único**, novela corta aparecida en 1954, su primer libro, en que se recuerda, con estilo ameno, humorístico a veces, siempre lacónico, episodios de la infancia; la novela no tiene línea argumental, si una grácil poesía que surge espontánea del relato de ese hombre que memora su niñez. De 1958 data **Las viejas amistades**, colección que recoge cuatro relatos, nominados por el primero de ellos, en el que también los recuerdos de la infancia conforman la materia narrativa; el narrador logra aquí una mayor estructuración que la advertible en **Sobriño único**; los otros relatos se apartan levemente de la línea autobiográfica, pero aprovechan siempre la experiencia profesional del autor como rico asunto novelesco. "Ambos libros —ha dicho León— aspiran a conferir "sentido y sonido" a hechos, seres y circunstancias acaecidos en

torno suyo". En ambos, existe, además, un semejante estilo, hecho a medias de sarcasmo y poesía.

La tercera obra del autor, **Sueldo vital** (1964), es una novela que, aunque mantiene evidentes vínculos con la anterior producción, se aparta de ella en más de un aspecto.

Los elementos autobiográficos son aquí menos evidentes: en cambio, persiste la insignificación de la línea argumental, apenas un pretexto para un proceso épico que incorpora toda suerte de elementos de la vida provinciana de la clase media: la oficina, el partido, los pequeños amores, la existencia quieta, apacible, mediocre, de gruesos contingentes de la administración pública.

Después de un largo silencio, Carlos León publica este **Retrato hablado** (Santiago de Chile, Quimantú, Colección Narrativa Chilena, 1971, 97 pp.), colección de cuentos de la que los editores advierten: "En **Retrato hablado** — como en toda la obra de Carlos León, que incluye **Sobriño único**, **Las viejas amistades** y **Sueldo vital** — se realiza una adecuada combinación de un pasado que retorna, entre la poesía y el sarcasmo, y una forma del presente que tiende a gastarse en los modos de cortesía, los temas de oficina, la nulidad existencial. Al lenguaje literario, León opone el artificio del lenguaje cotidiano. De él viene, cierto y eficaz, un espejo para mirar la realidad, una lección para las gentes de mañana, reflejados en los cuentos de **Retrato hablado**". Demos de barato el signar la utilización del lenguaje cotidiano como un "artificio"; también el sospechar que la función de la obra literaria sea didáctica y que, por tanto, su mérito resida en constituir "una lección para las gentes de mañana". Lo que sí no se puede dejar pasar es el advertir los cambios que, entre ésta y las anteriores producciones de León existen: cambios que operan fundamentalmente en la perspectiva adoptada por el narrador y que se explicitan de manera inequívoca ya en los primeros párrafos del cuento que inaugura el volumen ("Esperando a Tulio"): "Mientras esperaba a Tulio descubrí, no sin cierta extrañeza, que los "Tulio" se estaban dando este último tiempo con frecuencia alarmante. A través de un ser humano se percibía otrora el niño que debió por alguna vez, la sombra de sus padres y hasta regiones y ciudades. Tulio y sus congéneres carecían de historia; aparecían de pronto comple-

Retrato Hablado

de Carlos León

tos, terminados, refractarios y espesos". El mundo y sus personajes se han tornado repentinamente opacos: lamentable perspectiva para quien está cerca del cuadro de costumbres. Claro está que de cuadros de costumbres diversos a los que ocuparon los afanes de los románticos: no hay aquí pretensiones antropológicas o folklóricas: si un espejo en el camino que, tras los defectos humanos, que ironiza acerbamente, guarda, tal vez a su pesar, una inconmovible fe en el hombre.

Desde el punto de vista estrictamente literario, el fenómeno se manifiesta en un desapego cada vez más indisoluble por las formas tradicionales de la narración: los relatos que integran **Retrato hablado** ("Esperando a Tulio", "Soledades", "Wantan", "El hombre del traje blanco", "Cortésia", "Consulta pagada", "Constancia", "El Sur") distan de ser, formalmente, cuentos. En ninguno de ellos existe desenlace; tampoco, propiamente, una narración lineal que lo posibilite. Simplemente se cuentan cosas, sin pretensión de sorpresa, ni quizás de creación: sí, en las mejores oportunidades, con una penetración irónica que devela, con ternura melancólica, las fallas, convenciones y añagazas que pueblan la existencia humana.

El sistema, naturalmente, tiene sus riesgos: hay textos manifiestamente débiles (valga como ejemplo "Wantan"), otros, sin embargo, alcanzan caracteres subrayables en el campo de nuestra narrativa. Así "Soledades": se trata de la historia de un hombre, ya de edad, que, divorciado de su primera mujer y no resignado a la soledad, decide solicitar la mano de la hija de un compadre: en la visita de estilo es acompañado por un joven amigo que asiste, silencioso, a la petición, a su inesperadamente favorable acogida, a la pequeña fiesta con que se celebra el acontecimiento, a las bromas que en ella recibe el flamante novio de diversos individuos, y que finalmente, "agotado, como si lo hubieran sometido a un intenso entrenamiento", opta por retirarse solitario, con lo que concluye el relato. El texto, sin duda el mejor de la colección, resalta tanto por el proceso épico y la incorporación que logra de ambientes y personajes, acabadamente captados, como por el humor que rezuma y el lenguaje que emplea. Ya sus inicios ("La mujer era buena, pero se puso putaza" — dijo don Aníbal sin emoción) marcan esa característica que se mantiene, sin quiebra, a lo largo de toda la narración.

Otros textos, como "El sur", alcanzan también un interés notorio, haciendo de Carlos León un curioso ejemplo de escritor, alejado de grupos y capillas, con un cierto distanciamiento implícito, incluso, de la literatura, pero a pesar de ello con una significación no despreciable en el contexto desgraciadamente magro de nuestra narrativa nacional.

LA NACIÓN, Stgo, 5-III-1972, P. 3.

Retrato hablado [artículo] Luis Iñigo Madrigal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Iñigo Madrigal, Luis

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Retrato hablado [artículo] Luis Iñigo Madrigal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile